

FEMINISMO COMO CRÍTICA: SUJETO Y UNIVERSALIDAD

Carlos Villanueva Castro

Universidad de Valencia

Resumen:

En primer lugar, el presente artículo pretende refutar algunos planteamientos propios del «feminismo de la diferencia» utilizando como línea argumental las propuestas de Chantal Mouffe y Judith Butler, ligadas en la defensa de un concepto abierto de mujer. Posteriormente, recurriendo también a la propuesta populista de Ernesto Laclau, se argumentará en favor de un feminismo político entendido como una posible herramienta de unificación de luchas diversas por la construcción de una contra-hegemonía.

Palabras clave:

Contingencia, significante, demanda, hegemonía.

Abstract:

Firstly, this article aims to refute some approaches of 'difference feminism' using as a guide Chantal Mouffe and Judith Butler proposals, both linked to the defense of a women open concept. Later, also resorting to populist proposal of Ernesto Laclau, we'll argue in favor of a political feminism understood as a possible tool of unification of various struggles for the construction of a counter-hegemony.

Key words:

Contingency, significant, demand, hegemony.

Recibido: 28/10/2015

Aceptado: 15/11/2015

INTRODUCCIÓN

Desde diversos ámbitos de debate y reflexión se ha venido incidiendo en la idea fundamental de que el feminismo es algo que trasciende sus propios orígenes como movimiento político y que en el campo filosófico juega un rol importantísimo. El feminismo puede entenderse no sólo como ese conjunto de propuestas y teorías que, con alianzas o enfrentamientos, han acompañado a la lucha de las mujeres por su liberación, sino que, en el terreno teórico así como en el práctico, el feminismo ofrece la oportunidad de repensar lo dado y trascender el presente. El feminismo filosófico, atendiendo a cuestiones de su propia índole, puede alcanzar respuestas o resituar los horizontes de sentido de un modo que afecta a otros ámbitos del pensamiento. Por ello hablamos de feminismo como crítica, como un análisis reflexivo que trasciende su propia idiosincrasia para vincularse a cuestiones políticas, ontológicas o antropológicas que implican al conjunto de terrenos teóricos por los que los amantes de las preguntas transitan.

En este ensayo trataremos de apuntar hacia las posibilidades, incluso la necesidad, de que el feminismo teórico, atendiendo a problemas ya clásicos de su propia disciplina pueda trascenderla y aportar ideas al conjunto de la reflexión filosófica. En primer lugar atenderemos a la pregunta por el quién del feminismo, un interminable debate que conlleva a escoger por una respuesta esencialista o una vinculada a la contingencia. ¿Quién es el sujeto del que trata el feminismo? ¿Qué significa ser mujer? ¿Qué cabe dentro de tal término y bajo qué condiciones? Recurriendo a un artículo de Chantal Mouffe y a diversos textos de Judith Butler pondremos en cuestión la idea de un feminismo de la diferencia como única alternativa al androcentrismo, y después, la necesidad de un sujeto lável y voluble que no reifique la identidad de la mujer precisamente en su lucha por la emancipación. A continuación estableceremos los vínculos que existen entre las propuestas de Mouffe, Butler y Ernesto Laclau en lo referente al carácter de este sujeto político del feminismo y sus posibilidades emancipatorias más allá de su parcialidad dentro del terreno de las diferentes luchas y movimientos sociales. El feminismo puede contener en su seno diferentes formas de identificación y de luchas del mismo modo que el feminismo puede formar parte de un conjunto mayor de enfrentamientos por un nuevo orden e incluso representar, al modo en que lo propone Laclau cuando habla de significantes vacíos¹, el conjunto de luchas con las que se da un lazo equivalencial. Esta posibilidad no implica rechazar los rasgos propios y distintivos del conjunto de posicionamientos feministas y de prácticas liberadoras de la opresión machista o patriarcal, sino la posibilidad de que en esas luchas se dé el reflejo de otras tantas y viceversa.

¹ Principalmente en su famosa obra *La razón populista* (2005).

El motivo de la elección de esta temática responde a diversas inquietudes de quien escribe. La preocupación por las propuestas del feminismo de la diferencia, considerando que pueden incurrir fácilmente en uno de los elementos, el esencialismo y el cierre identitario, que forman parte de aquello contra lo que el feminismo ha venido oponiéndose en sus luchas políticas, era uno de los ingredientes que se pretendía introducir en este texto. Por otra parte, la necesidad de que el feminismo forme parte de la lucha, junto a otras tantas, por la construcción de una nueva hegemonía social y en el auge de nuevos valores y perspectivas, todavía no suficientemente arraigados, era otra de las preocupaciones latentes. La lectura de Mouffe y Laclau permite encontrar numerosos parecidos con muchas de las ideas clave de Butler, de modo que resultó interesante enlazarlas precisamente en la dirección de estas inquietudes teóricas, y prácticas, en este ensayo.

La conclusión, que ya podemos adelantar, es que el feminismo no puede referirse a un sujeto político previo a la propia praxis ni a un sujeto constituido pero finiquitado del que ya no cabe cuestionamiento alguno. Pero precisamente esta contingencia radical en la que reposa toda identidad política es la que permite que se establezcan vínculos de toda índole entre las diferentes luchas sociales y la que posibilita que estas luchas unidas configuren nuevas formas de acción y pensamiento que se enfrenten al estado de cosas vigente. En la configuración de esa amalgama de luchas el feminismo puede y debe jugar un papel protagonista.

EL SUJETO DEL FEMINISMO

En el artículo “Feminismo, ciudadanía y política democrática radical” (1996), Chantal Mouffe apuesta por la deconstrucción de las identidades esenciales asumiendo la contingencia como base de toda constitución de sujeto. No hay nunca un sujeto previo a la acción, sino que hay un cúmulo de acciones y de actos que configuran un sujeto. Sin embargo para muchas feministas el rechazo de una noción fuerte de mujer en la que sustentar la lucha feminista supone el abandono de su particular proyecto emancipatorio. Mouffe en este artículo trata de deslegitimar el conjunto de posturas que apelan a una identidad homogénea y concreta de mujer como elemento indispensable de la reflexión y lucha feminista, afirmando precisamente lo contrario, que bajo el modelo de democracia radical que ella defiende no cabe ningún principio esencialista que impida la efectividad de la pluralidad propia de las sociedades modernas. Que el sujeto no sea algo dado, sino el resultado de diversas posiciones de sujeto o cristalizaciones temporales y precarias de movimientos identitarios no supone rechazar el mismo concepto de mujer en la lucha feminista, pero mucho menos implica abocarlo a una definición única y cerrada.

Este planteamiento viene a cuestionar la disputa entre el feminismo de la diferencia y el feminismo de la igualdad, pues la polémica sólo es posible si se asume que la igualdad o la diferencia están sustentadas en una identidad firme y cerrada, homogénea e invariable:

«Todo el falso dilema de la igualdad versus la diferencia se derrumba desde el punto en que ya no tenemos una entidad homogénea “mujer” enfrentada con otra entidad homogénea “varón”, sino una multiplicidad de relaciones sociales en las cuales la diferencia sexual está construida siempre de muy diversos modelos y donde la lucha en contra de la subordinación tiene que ser planteada en formas específicas y diferenciales» (Mouffe, 1996: 6).

Mouffe emplea parte de su artículo para cuestionar propuestas concretas de feminismo de la diferencia, como son las de Carol Gilligan apelando a una ética del cuidado propia de las mujeres o Sara Ruddick y Jean Bethke defendiendo la idea de un pensamiento maternal configurado a partir de la experiencia de las mujeres como madres dentro del ámbito privado y de la familia. Estas propuestas apuntan a la asunción de unos rasgos específicos propios de la mujer o de la esfera privada a la que han sido relegadas las mujeres para visibilizarlos y enfatizarlos frente a los elementos masculinos que ocupan lo público en la constitución de una nueva ciudadanía. Pero como apunta Mouffe basándose en la crítica de Mary Dietz a estas propuestas, no puede constituirse una concepción de lo público desde posiciones del tipo de las relaciones materno-filiales en las que media un vínculo afectivo que difícilmente puede reproducirse en todos los ámbitos y con todas las personas involucradas en la convivencia cívica.

Por otro lado Mouffe cita a Carole Pateman y su propuesta de una concepción sexualmente diferenciada de la ciudadanía, defendiendo una experiencia propia de las mujeres que se debe asumir para no caer en la opresión de la experiencia masculina. Si a la ciudadanía en general se le atribuye como virtud suprema la voluntad de pelear y morir por la patria, propia del varón, la capacidad de crear vida, definitoria de la maternidad, debe ser el elemento femenino que se distinga en la forma de configurar las mujeres su ciudadanía. Pateman, queriendo huir del androcentrismo que impone modelos de ciudadanía que han excluido a las mujeres y a los valores asociados a ellas del ámbito público, acaba aceptando la reificación y diferenciación sexual que conlleva ese androcentrismo y que parece impedir que la masculinidad o femineidad se vivan de modos distintos a los imperantes. Mouffe apuesta justo por lo contrario:

«No hay razón para que la diferencia sexual tenga que ser pertinente en todas las relaciones sociales. Desde luego, hoy en día existen muchas prácticas, discursos e instituciones diferentes que construyen (diferencialmente) a los varones y a las mujeres, y la distinción masculino/femenino existe como una distinción pertinente en muchos campos. Pero esto no quiere decir que así tenga que seguir siendo, y nos podemos imaginar perfectamente bien la posibilidad de que la diferencia sexual se convierta en algo irrelevante en muchas de las relaciones sociales en que actualmente es relevante. De hecho, éste es el objetivo de muchas de las luchas feminista» (Mouffe, 1996: 12).

La idea de unos valores o rasgos femeninos, que en muchas propuestas, como las que hemos mencionado, apelan a la maternidad, o en otros, al acercamiento con la naturaleza, frente a la racionalidad instrumental y destructiva de la masculinidad, continúan en la estela reificadora y sustancialista que en tiempos pasados, y también presentes, identifican a la mujer con unos roles concretos en los que el hombre mantiene una superioridad o incluso la propiedad sobre ella. La solución no es sustituir un sustancialismo por otro y donde antes los valores masculinos primaban situar ahora a los femeninos, lo que el feminismo crítico debiera intentar es luchar contra la opresión de las mujeres también enfrentándose a la homogeneidad y a la limitación de la propia identidad. Estos roles de género o estas identificaciones deterministas pueden ser tan opresivas y limitantes como las anteriores lo eran para las mujeres y también para los hombres que no cumplían con los modelos prefijados. ¿Es posible mantener la lucha feminista sin un sujeto conciso y claro y sin un concepto compartido de mujer? Para Mouffe no sólo es posible, es necesario:

«La ausencia de una identidad esencial femenina y de una unidad previa, sin embargo, no impide la construcción de múltiples formas de unidad y de acción común. Como resultado de la creación de puntos nodales, pueden tener fijaciones parciales y pueden establecer formas precarias de identificación alrededor de la categoría de “mujeres”, que provean la base para una identidad feminista y una lucha feminista» (Mouffe, 1996: 18).

El feminismo debe articularse en torno a los distintos modos de pensamiento feminista y a las diversas maneras de entender la categoría de mujer, sin que las muchas diferencias supongan un problema siempre que las similitudes permitan un vínculo equivalencial que sitúe a todos los discursos y prácticas en un mismo eje. No hay, pues, un verdadero modo de ser feminista ni una esencia irrevocable de la mujer.

En “Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista”(1998) Butler expone que tanto G. Spivak como Kristeva proponen un uso estratégico de la categoría mujeres, como herramienta política sin dotarle de carácter ontológico, pues estrictamente hablando, parafraseando a Kristeva, es dudoso incluso que las mujeres existan:

«Pero una cosa es utilizar el término y conocer su insuficiencia ontológica, y otra cosa muy distinta es, para la teoría feminista, articular una visión normativa que celebre o emancipe una esencia, una naturaleza, o una realidad cultural compartida imposible de encontrar» (Butler, 1998:312).

Las posturas feministas que consideran necesario para la liberación la defensa de un modelo binario de diferenciación sexual acaban más encadenadas debido a que reproducen el camino de la cosificación y la ontologización:

«Mi única preocupación es que la diferencia sexual no se vuelva una cosificación que involuntariamente preserve una restricción binaria de la identidad de género y un marco implícitamente heterosexual para la descripción del género, la identidad de género y la sexualidad» (Butler, 1998: 314).

Butler propone en este artículo que el género es la suma del conjunto de actos performativos que lo constituyen, no hay, pues, un sexo dado al que el género debe amoldarse, ni una identidad de género prefijada en la que cada gesto o acto del cuerpo debe inscribirse. Antes bien, cada gesto y acto configuran una suma de solidificaciones o puntos nodales de los que puede afirmarse que constituyen una identidad de género. El género nunca es correcto o incorrecto, a no ser que se siga la lógica binaria dominante según la cual hay un modelo ideal de género a seguir correspondiendo a cada sexo. Precisamente Butler, en *El género en disputa* (2007), propone el uso del método genealógico como herramienta para señalar el origen de este tipo de categorías de identidad que son efecto de instituciones, prácticas y razonamientos cuya historia se ha desdibujado haciendo pasar a determinados modelos de conducta como naturales o necesarios. Desde Marx, nos dice Butler, el principio de la filosofía de la sospecha ha sido el de la crítica cultural y la desconfianza frente a lo que se presenta como absoluto e ineludible, la reflexión en torno a los procesos de reificación.

Las conclusiones de la obra son precisamente que el sujeto es una construcción

de prácticas por repetición, de nuevo, la idea de que no hay un sujeto previo a la acción. El feminismo debe abandonar todo residuo de esencialismo y abrazar el postulado nietzscheano de que no hay un sujeto dado tras el predicado, todo es un hacer y el agente es añadido ficticiamente a posteriori. En este sentido, el feminismo se equivoca si apuesta por un sujeto metafísico no contextualizado. Por el contrario, Butler propone lo paródico como vía de subversión de los modelos y roles hegemónicos, precisamente para hacer ver su contingencia:

«Al imitar el género, la travestida manifiesta de forma implícita la estructura imitativa del género en sí, así como su contingencia. En realidad, parte del placer, la frivolidad de la actuación, reside en la aceptación de una contingencia radical en la relación entre sexo y género frente a configuraciones culturales de unidades causales que suelen verse como naturales y necesarias. En vez de la ley de coherencia heterosexual vemos el sexo y el género desnaturalizados mediante una actuación que asume su carácter diferente y dramatiza el mecanismo cultural de su unidad inventada» (Butler, 2007: 269).

En la parte inicial de la obra Butler aborda, precisamente, la cuestión que Mouffe trata en su artículo, la relevancia del concepto de mujer en la lucha feminista y los problemas que acarrea rechazar o asumir un concepto de mujer cerrado:

«Para la teoría feminista, el desarrollo de un lenguaje que represente de manera adecuada y completa a las mujeres ha sido necesario para promover su visibilidad política. Evidentemente, esto ha sido de gran importancia, teniendo en cuenta la situación cultural subsistente, en la que la vida de las mujeres se representaba inadecuadamente o no se representaba en absoluto.

Recientemente, esa concepción dominante sobre la relación entre teoría feminista y política se ha puesto en tela de juicio desde dentro del discurso feminista. El tema de las mujeres ya no se ve en términos estables o constantes.(...) En efecto, la cuestión de las mujeres como sujeto del feminismo plantea la posibilidad de que no haya un sujeto que exista “antes” de la ley, esperando la representación en y por esta ley. Quizás el sujeto y la invocación de un “antes” temporal sean creados por la ley como un fundamento ficticio de su propia afirmación de legitimidad. La hipótesis prevaleciente de la integridad ontológica del sujeto antes de la ley debe ser entendida como el vestigio contemporáneo de la hipótesis del estado de naturaleza, es fábula fundacionalista que sienta las bases de las estructuras jurídicas del liberalismo clásico» (Butler,

2007: 46-48).

Al no ser una noción estable de género la premisa principal de la política feminista, Butler apuesta por combatir las reificaciones mismas de género e identidad, sosteniendo «...que la construcción variable de la identidad es un requisito metodológico y normativo, además de una meta política.» (Butler, 2007: 53)

Ya en el artículo “Fundamentos contingentes” (2001) Butler apostaba por un concepto de mujer abierto a múltiples significaciones frente al previsible fracaso de la imposición de un contenido universal y uniformador del mismo que conduciría a la faccionalización y al enfrentamiento dentro del propio movimiento feminista. Por tanto, la respuesta feminista debe ser la del cuestionamiento de todo orden vigente, sobre todo si recurre al dualismo sexual hegemónico y cierra el debate a nuevas resignificaciones y perspectivas:

«Deconstruir el sujeto del feminismo no es, entonces, censurar su utilización sino, por el contrario, dejar al término libre en un futuro de múltiples significaciones, emanciparlo de las ontologías raciales o maternales a las que ha sido restringido, y darle juego como un sitio donde pueden ver la luz significados aún no previstos. (...)En cierto sentido, lo que las mujeres significan se ha dado por hecho durante demasiado tiempo, y lo que ha sido fijado como el “referente” del término ha sido “fijado”, normalizado, inmovilizado y paralizado en posiciones de subordinación. (...)Reconfigurar el referente como lo significado, y autorizar o salvaguardar la categoría de las mujeres como un sitio de posibles resignificaciones, es expandir las posibilidades de lo que significa ser mujer, y en este sentido condicionar y posibilitar un sentido de agencia más amplio» (Butler, 2001: 34-35).

No es que no haya un fundamento o una referencia, es que el término mujer está en disputa, siempre abierto a la resignificación o a la reformulación, nunca cerrado, como el modelo de democracia radical de Mouffe, en el que los significantes como libertad e igualdad, base del conjunto de valores compartidos por la comunidad política, siempre están abiertos a significaciones y aplicaciones diversas. Se podría decir que el significante “mujer” es, siguiendo la terminología lacaniana que aplican Laclau y Mouffe, un significante flotante, que como otros conceptos políticos en disputa, se abre a interpretaciones diversas y enfrentadas. Pero lo que propone Butler y Mouffe es precisamente difuminar la concreción de este significante para que, apelando al mismo, se esté mencionando a un conjunto de luchas y propuestas políticas que pueden ser muy distintas entre sí pero que comparten un enemigo común, la opresión. En tal caso el significante “mujer” se tornaría el significante

vacío que aglutina numerosas formas de ser y vivir la sexualidad y la feminidad. Este significativo vacío puede ser además el representante de otras muchas luchas que trascienden a las del propio movimiento feminista.

FEMINISMO Y UNIVERSALIDAD

Lo que Mouffe propone en el artículo que hemos comentado es apostar por el feminismo como una de las muchas luchas sociales que deben confluír en el establecimiento de un nuevo bloque hegemónico que subvierta elementos neoliberales que imperan en el sistema vigente. Algo parecido a lo que junto a Laclau propuso en *Hegemonía y estrategia socialista* (1985) al denunciar el sustancialismo del marxismo ortodoxo y apostar por una nueva concepción de sujeto político no predefinida en la que caben demandas y propuestas que van más allá del hasta entonces supuesto sujeto de la revolución, la clase obrera. La hegemonía, término adoptado de Antonio Gramsci, supone para ellos dejar de lado el determinismo del materialismo histórico y apostar por influir en el terreno de la superestructura, en el de la cultura y el enfrentamiento ideológico. Es desde ahí desde donde configurar un nuevo eje que articule las distintas demandas:

«Without hegemony, socialist practice can focus only on the demands and interests of the working class. But insofar as the dislocation of stages compels the working class to act on a mass terrain, it must abandon its class ghetto and transform itself into the articulator of a multiplicity of antagonisms and demands stretching beyond itself» (Laclau/Mouffe, 1985: 58).

Sólo bajo la óptica de la contingencia y rechazando el sustancialismo residual del marxismo clásico es posible apostar por la aglutinación de diversas demandas y luchas en las que, siguiendo el planteamiento de Laclau cuando habla de populismo, una parte que se sabe parte se sitúa en el lugar del universal que nunca podrá ocupar realmente, excepto en el caso de una sociedad totalitaria. Las luchas locales y los movimientos heterogéneos que se dan en diversos lugares del globo pueden poseer entre sí las suficientes semejanzas o compartir un mismo enemigo, el orden neoliberal, o tendente al neoliberalismo, que permite extraer de casos concretos símbolos que representan demandas compartidas. Slavoj Žižek expone en *En defensa de la intolerancia* (2010), cuestionando las políticas del multiculturalismo, como las luchas parciales poseen en su seno un germen de universalidad que las trasciende:

«Pensemos en el ejemplo clásico de la protesta popular (huelgas, manifestación de masas, boicots) con sus reivindicaciones específicas (“¡No más impuestos!”, “¡Justicia para los encarcelados!”, “¡No más explotación de recursos naturales!...”): la situación se politiza cuando la reivindicación puntual empieza a funcionar como una condensación metafórica de una oposición global contra Ellos, los que mandan, de modo que la protesta pasa de referirse a determinada reivindicación a reflejar la dimensión universal que esa específica reivindicación contiene (de ahí que los manifestantes se suelen sentir engañados cuando los gobernantes, contra los que iba dirigida la protesta, aceptan resolver la reivindicación puntual; es como si, al darles la menor, les estuvieran arrebatando la mayor, el verdadero objetivo de la lucha)» (Zizek, 2010: 43).

Pero la universalidad no se constituye a través de procedimientos previos a la acción de carácter universalista, los que proponen Rawls o Habermas, que con una pretensión de neutralidad y un rechazo a las lógicas de poder, como expone Butler en “Fundamentos contingentes” (2001), acaban imponiendo un modelo culturalmente sesgado y realizando un acto de uso de poder:

«El término “universalidad” tendría que quedar permanentemente abierto, permanentemente disputado, permanentemente contingente, para no dar por cerrados reclamos futuros de inclusión por adelantado. (...) En este sentido, no estoy acabando con la categoría, sino tratando de aliviar a la categoría de su peso fundamentalista para convertirla en un sitio de disputa política permanente» (Butler, 2001: 18).

Esta propuesta, que casa perfectamente con la de Mouffe y Laclau, implica que toda demanda parcial, sea satisfecha o no por el orden dado, puede trascender sus límites y representar un conjunto de demandas con las que, siguiendo la terminología laclauiana, se establezca un lazo equivalencial. Esto para Laclau es la construcción del pueblo que es el sujeto político que configura el populismo, que puede inclinarse en direcciones ideológicas opuestas, pero que siempre se constituye en torno a la confluencia de demandas particulares en torno a una de ellas que se posiciona como el significante vacío, inconcreto y abierto en su significación, que representa al resto de demandas frente a un enemigo común. Esta forma, fundada en la contingencia, de construirse la universalidad, tal como decíamos, supone la superación de los límites de una lucha o demanda concreta, algo que Butler denomina como traducción. Laclau insiste en la semejanza de ese concepto con su propuesta del lazo equivalencial cuando aún no había articulado una teoría

elaborada sobre el populismo pero ya defendía la necesidad de la izquierda por articular un bloque contra-hegemónico en el ámbito de los discursos y las prácticas:

«Now, I think that the internal structure of what Butler calls “translation” and what i call “equivalence” is very close indeed. Translation, for her, means the deterritorialization of a certain content by adding something which, being outside the original context of enunciation, universalizes itself by multiplying the positions of enunciation from which that content derives its meaning. A feminist discourse claiming women’s rights in the name of human equality does exactly that. (...) Well, a relation of equivalence, in the sense that I understand it, performs exactly that role» (Laclau, 2000: 194).

Del mismo modo que dentro del concepto de mujer caben múltiples significados que siempre estarán en disputa, y que el movimiento feminista aglutina perspectivas muy diversas pero que comparten una meta común, el feminismo puede no ser concebido como una lucha parcial y concreta y establecerse como un representante más, junto a otras luchas, del esfuerzo por un nuevo orden social, siempre que comparta con ellas el rechazo a la opresión y a la desigualdad.

Mouffe en su artículo apuesta por la vinculación de los movimientos en defensa de las mujeres, los trabajadores, las minorías étnicas, las minorías sexuales, el ecologismo y demás luchas sociales en un “nosotros” que, sin borrar las diferencias, constituya una comunión conveniente en la lucha por un nuevo orden hegemónico, la lucha por tratar de convencer sobre nuevas formas de entenderse y vivir, así como de por establecer políticas y legislaciones favorables a estas demandas. Esta lucha, que puede plantearse tanto dentro como fuera de las instituciones, aunque Mouffe piensa generalmente en la importancia de trabajar por el cambio dentro de las instituciones, necesita del movimiento feminista para establecer sus pretensiones y configurar esa nueva universalidad abierta y contingente de la que venimos hablando. En la construcción de una nueva hegemonía el feminismo, por su larga historia de lucha contra la opresión, debe entenderse como un tipo de pensamiento y praxis que va mucho más allá de la mera consecución de objetivos parciales de un determinado colectivo, que no es otro que la mitad de la población mundial, sino como un pilar, entre otros tantos, que sustentan el proyecto de un mundo más justo y una lucha que ejemplifica y reúne a todas las demás.

BIBLIOGRAFÍA

BUTLER, Judith (1998). "Actos performativos y constitución de género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista". *Debate Feminista*, 17, pp. 296-314.

-(2001). "Fundamentos contingentes". *La Ventana*, 13 (2), pp. 7-41.

-(2007). *El género en disputa*, Madrid: Paidós.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1985). *Hegemony and Socialist strategy. Towards a radical democratic politics*. Londres: Verso.

LACLAU, Ernesto (2005) *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

-(2000) "Structure, History and the Political" en BUTLER, Judith LACLAU, Ernesto y ZIZEK, Slavoj (2000). *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary debates on the Left*, Londres: Verso.

MOUFFE, Chantal (1996). "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical" en BELTRÁN, Elena y SÁNCHEZ, Cristina (eds) (1996), *Las Ciudadanas y lo político*, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Madrid: UAM.

ZIZEK, Slavoj (2010). *En defensa de la intolerancia*, Madrid: Diario Público.